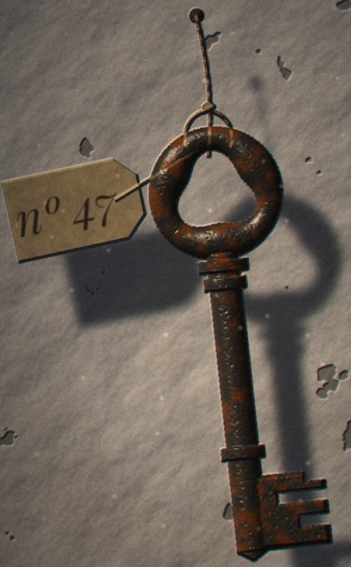
Alguien siempre ha tenido llave.

LA CASA COLGADA



JULIAN DELPHIKI

THRILLER PSICOLÓGICO · SERIE IRENE VELA 1

Thinking School

LA CASA COLGADA

JULIAN DELPHIKI

La casa colgada

SERIE IRENE VELA · I

THINKING SCHOOL

© 2026, Julian Delphiki

Primera edición: 2026

Publicado por Thinking School

Edición en tapa blanda

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, casas y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia. La ciudad de Cuenca, sus hoces, puentes, calles y escaleras existen; la casa del número 47 de la calle de San Pedro, la Pensión Huécar, la farmacia Merino y las consultas médicas de esta novela, no.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

A las que no saltaron.

Hoy es siempre todavía.

Antonio Machado, «Proverbios y cantares»

PRÓLOGO

Tú

❧

Calle de San Pedro, Cuenca · noche del viernes 6 de septiembre de 2024, 00:40

No pesas nada.

Eso es lo primero que pienso cuando te pongo la mano en la espalda, entre los omóplatos, donde el camisón se te pega a la piel por el sudor. La otra te la cierro en el brazo derecho, por encima del codo, fuerte, para que no te vuelvas. Llevas meses comiendo poco y durmiendo mal, y se te nota en los hombros, que parecen de pájaro. No pesas nada y tampoco te resistes. Te has quedado mirando el vacío como quien mira un escaparate, con la frente apoyada en el aire, y hasta te balanceas un poco, adelante y atrás, igual que se balancea el niño cuando le cuento un cuento y se le van cerrando los ojos.

La tila ya te ha hecho efecto. Tiene gracia: la otra vez tardó más.

Abajo, la hoz es una garganta negra. No se ve el río. Se oye, eso sí, si se contiene la respiración, un rumor de agua que sube entre las piedras como si alguien estuviera llenando una bañera muy lejos. Arriba, la luna se ha escondido detrás de la catedral, que siempre llega tarde a todo, hasta a tapar la luna. Y en medio estás tú, descalza, sobre las tablas del balcón que se cambiaron hace siete años porque las viejas crujían. Las nuevas no crujen. Es una pena. Las viejas avisaban.

No te vuelves. No me oyes. Tal vez me oyes y no te importa, que viene a ser lo mismo.

Pienso en el niño, que duerme arriba con la boca abierta, abrazado a ese perro de peluche al que le falta una oreja. Pienso en lo que sería de él lejos de esta casa, entre extraños, con una madre que no sabe dónde deja las llaves.

Pienso en la casa, que ha visto cosas peores, y en la Virgen de la escalera, que lo ha visto todo y nunca ha dicho nada.

Empujo.

Es menos que un empujón. Es lo que se hace con una puerta que ya está entornada.

Te vas sin un grito. Eso tampoco lo esperaba. Hay gente que grita y gente que no, y nunca se sabe de antemano. Oigo el golpe enseguida, demasiado pronto, un golpe sordo de saco contra la tierra, y luego un crujido de ramas, y luego nada.

Demasiado pronto.

Me asomo. No debería, pero me asomo.

No has caído hacia la hoz. Has caído hacia el otro lado, hacia el huerto, donde está la higuera. La higuera. Con el mal que me hizo salvarla. Lleva ahí más que la casa, dicen, y echa higos que nadie recoge y que revientan en el suelo y atraen a las avispas en agosto. Te ha recogido ella. Te ha abierto los brazos como una vieja que sale a la puerta.

Desde aquí, a la luz de la cocina, veo tu pie descalzo entre las hojas. Se mueve.

Arriba, en la habitación pequeña, crujen los muelles de una cama.

Ya no hay tiempo para otra cosa. Hay que salir sin que nadie me vea. Hay que esperar a que suene el teléfono. Hay que llorar.

PRIMERA PARTE

La caída

UNO

La higuera

❧

Marta · Hospital Virgen de la Luz, Cuenca · sábado, 7 de septiembre de 2024

Lo primero que noto es el olor.

No es el olor a hospital, aunque también está: lejía, plástico caliente, algo dulzón que debe de ser el desinfectante de las manos. Hay otro debajo, más viejo, pegado a la nariz por dentro. Huele a hojas aplastadas. A savia. A esa leche blanca y pegajosa que sueltan los higos cuando los arrancas verdes.

Abro los ojos y el techo es blanco y tiene una mancha de humedad con forma de Mallorca.

—Ya está —dice alguien—. Ya está, ya está.

Me cuesta girar la cabeza. Tengo algo en el cuello, un collarín, y la mano izquierda me pesa como si la llevara metida en un cubo de yeso, que es exactamente lo que pasa. Cuando consigo mover los ojos hacia la voz, veo a una enfermera joven con el pelo recogido en un moño que se le deshace y unas gafas con la montura de color verde manzana.

—Marta. ¿Me oyes, Marta? Estás en el hospital. Te has caído.

Quiero decir que ya lo sé, porque me duele todo como duelen las cosas que se caen, pero la lengua no me obedece. La tengo gorda y seca, una lengua de otra persona. La enfermera me pone una esponjita húmeda en los labios y chupo como un bebé, y me da tanta vergüenza que cierro los ojos.

She fell, pienso. *She has fallen.* Es un truco viejo. Cuando algo me supera, me lo traduzco. En inglés las cosas pasan a otra persona; tienen

bordes más limpios, se pueden mirar desde fuera. *A woman fell from a balcony. She is in hospital. She does not remember.*

No me acuerdo.

Esa es la segunda cosa que noto, después del olor. Que hay un agujero. Que detrás de los ojos, donde debería estar la noche de ayer, hay un hueco liso como el de una muela recién arrancada, y que la lengua de mi cabeza va a él una y otra vez, y no encuentra nada.

—¿Qué día es? —consigo decir. Me sale *quedíaes*, una palabra larga.

—Sábado —dice la enfermera—. Sábado, siete. Son las once de la mañana. Has dormido mucho, ¿eh? Te han tenido que dar de todo. Voy a avisar a tu marido, que está fuera. No se ha movido en toda la noche, el pobre.

Sábado. Intento contar hacia atrás. El viernes fue ayer. El jueves, antes. El miércoles...

El miércoles hay algo. Una superficie azul, brillante. El tacto del hule bajo las yemas de los dedos.

Se me escapa.

❦

Álvaro entra con la camisa arrugada y la barba de un día, y aun así, recién salido de una noche en un pasillo de hospital, tiene ese aire de anuncio de reloj que tenía la primera vez que lo vi, en Barcelona, en la presentación de un libro sobre patios andaluces que yo había traducido y él había prologado. Es alto, de hombros anchos, con canas solo en las sienes. Se sienta en el borde de la cama y me coge la mano buena con las dos suyas.

—Mi vida —dice—. Mi vida, mi vida.

Tiene los ojos rojos. No sé si de llorar o de no dormir. Con Álvaro nunca lo sé. Es de esos hombres a los que las emociones se les quedan en la superficie, bien colocadas, como los cojines de un sofá que nadie usa.

—¿Leo? —pregunto.

—Está bien. Está con mamá. No sabe nada, solo que te has hecho daño en el brazo. Está bien, Marta. Está perfectamente.

Me suelto de sus manos para tocarme la cara. Tengo una venda en la frente y algo rasposo en la mejilla, puntos, creo.

—¿Qué ha pasado?

Álvaro mira a la enfermera, que está cambiando la bolsa del suero. La enfermera mira el suero. Hay un silencio de esos que se hacen en las salas de espera cuando alguien entra con mala cara.

—Te caíste del balcón —dice él al fin—. Del de abajo. Del grande.

El balcón grande. El balcón volado de madera de la planta baja de la casa, el que cuelga sobre la hoz del Huécar como una lengua sacada a la nada. El balcón que sale en todas las fotos que los turistas hacen desde el puente de San Pablo, y que yo jamás piso sin agarrarme a la barandilla, porque tengo vértigo, porque me dan miedo las alturas desde que era niña y me subí al campanario de la iglesia de mi barrio y vomité el bocadillo de la merienda sobre los zapatos de un cura.

—Yo no salgo a ese balcón —digo.

—Saliste.

—De noche no. Yo nunca salgo de noche, Álvaro. Ni de día casi.

Me acaricia el pelo. Tiene las manos calientes y huelen a café de máquina.

—Ya, cariño. Ya lo sé.

No dice nada más, pero lo que no dice se queda en la habitación como un tercer cuerpo. Lo noto en la forma en que la enfermera sale sin hacer ruido, entornando la puerta con los dedos. Lo noto en la forma en que él me mira, con una pena que no es exactamente pena: es otra cosa, una mezcla de cansancio y de alivio, la cara de quien llega al final de una carretera que llevaba meses temiendo recorrer.

—Has tenido suerte —dice—. Muchísima suerte. Si llegas a caer por el otro lado...

No termina. No hace falta. Del otro lado del balcón están sesenta metros de roca caliza y matorral, hasta el lecho del río. Del otro lado murió Soledad, la primera mujer de Álvaro, una noche de noviembre de 1999. Lo sé porque toda Cuenca lo sabe y porque, el día que me trajo a ver la casa recién restaurada, con el olor a pintura fresca todavía en las paredes, me lo contó en ese mismo balcón, con la vista perdida en los tejados de enfrente: «Aquí pasó algo muy triste, hace mucho. Tienes derecho a saberlo. Si no quieres vivir aquí, lo entenderé».

Y yo, que tenía treinta y un años y estaba enamorada y era imbécil, le dije que las casas no tienen la culpa de nada.

—¿Por qué lado caí? —pregunto.

—Por el del huerto. Te paró la higuera.

La higuera. Por eso el olor. Por eso tengo la boca llena de un sabor a hoja amarga. La higuera vieja que crece en el huerto colgado, al final del balcón, que nadie podó cuando se reformó la casa porque Álvaro dijo que era más antigua que las paredes y que había que respetarla.

Una higuera me ha salvado la vida.

Debería darme risa. Me da ganas de llorar.

—¿Y por qué me caí? —digo—. ¿Me resbalé?

Álvaro se pasa la mano por la cara, desde la frente hasta la barbilla, como si se estuviera quitando una careta.

—Eso dirá la policía —dice—. Ha venido una inspectora esta mañana. Volverá esta tarde. Quiere hablar contigo.

—¿La policía? ¿Por qué la policía?

Me coge otra vez la mano. Esta vez me la aprieta demasiado.

—Porque mamá estaba en casa —dice— y oyó cosas, Marta. Antes de que cayeras. Te oyó hablar. Te oyó decir...

Se calla. Le tiembla el labio de abajo, un temblor pequeño, de niño.

—¿Qué dije?

—Que querías hacer lo mismo que Sole.

❦

Cuando se va, porque una médica viene a mirarme las pupilas con una linterna, me quedo sola con la mancha con forma de Mallorca y con esa frase.

Lo mismo que Sole.

La médica me hace seguir su dedo con los ojos. Me pregunta mi nombre, mi edad, el nombre del presidente del Gobierno, y me mira con cara de no saber muy bien qué contestaría ella. Me pregunta qué es lo último que recuerdo. Le digo que el viernes por la mañana llevé a Leo al colegio. Que era el primer viernes de curso y le había puesto la mochila nueva de los dinosaurios. Que después... que después hay niebla. La médica asiente.

—Amnesia retrógrada —dice—. Es frecuente con un traumatismo así, y más con lo que llevabas en la sangre. Puede que vuelva. Puede que no. Lo más habitual es que vuelvan trozos.

—¿Con lo que llevaba en la sangre?

Me mira por encima de las gafas. Es una mirada que he visto antes, en otras caras. En la cara de la pediatra de Leo cuando le dije que no me acordaba de si le había dado ya el antibiótico. En la cara de la cajera del Mercadona cuando pagué dos veces la misma compra. En la cara de mi suegra, sobre todo, todos los sábados por la mañana desde la primavera.

—Ya hablará de eso con el psiquiatra —dice.

—Yo solo tomo sertralina. Cincuenta miligramos. Por las mañanas.

—Ya hablará con el psiquiatra —repite, y apunta algo en la tableta, y se va.

❦

Pasa la tarde. Me traen un caldo que sabe a agua de fregar y una compota de manzana. Me duele el costado izquierdo, donde me han dicho que tengo dos costillas fisuradas, y la muñeca, que se me partió por dos sitios, y la cabeza, por dentro, como si hubiera una persona allí dentro dando vueltas, buscando algo que ha perdido.

Yo también busco.

Viernes por la mañana: el colegio, la mochila de dinosaurios, el beso en la puerta que Leo ya no quiere que le dé delante de los otros niños. Después, el café en la plaza del Carmen, creo. Creo. Después, vuelvo a casa. Subo la calle de San Pedro. La puerta verde. La entrada por arriba, porque en las casas colgadas se entra por el tejado, como en los sueños. La escalera que baja. La hornacina con la Virgen de las Angustias en su azulejo de Talavera, con el manto negro y las siete espadas clavadas en el corazón.

Y ahí, en la Virgen, la niebla se rasga un poco.

El martes. Fue el martes. El coche de juguete de Leo, uno rojo de bomberos que se le escapa de las manos y baja rebotando por los escalones y se mete en la hornacina, detrás del jarrón de flores secas. Yo que voy a sacarlo. El azulejo que se mueve bajo mis dedos, como un diente de leche.

El hule azul.

Me incorporo tan deprisa que el costado me suelta un latigazo y se me escapa un gemido. Una enfermera se asoma a la puerta. Le digo que no es nada, que me he movido mal.

Un cuaderno. Había un cuaderno detrás de la Virgen.

Un cuaderno de tapas de hule azul, de los que se compraban en las papelerías de antes, con las esquinas redondeadas y gastadas, y en la primera página, con una letra inclinada y redonda de colegio de monjas, un nombre.

Soledad Ibarra. Cuenca, enero de 1999.

El cuaderno de Sole.

Ahora me acuerdo. Me acuerdo de leerlo sentada en el suelo de la escalera, con la espalda contra la pared fría, mientras Leo jugaba arriba. Me acuerdo de la primera frase. No de las palabras exactas, pero sí de la sensación: una mano que te agarra por la muñeca desde el fondo de un pozo.

Y me acuerdo de otra cosa. Me acuerdo de que el jueves abrí el cajón de mi mesilla, donde lo había guardado, debajo de los libros que nunca termino, y el cuaderno no estaba.

Alguien llama a la puerta con los nudillos. Dos golpes secos, cortos, de alguien acostumbrado a llamar a puertas que no se quieren abrir.

—¿Marta Ferrer? —dice una mujer de unos cuarenta y muchos años, pelo ya gris cortado a navaja, chaqueta vaquera, una bolsa de pipas asomando del bolsillo—. Subinspectora Ortiz. Policía Nacional. ¿Tiene un momento?

Tengo todos los momentos del mundo. Tengo una higuera en la boca, un agujero en la cabeza y un cuaderno que no existe.

—Dicen que salté —le digo.

La subinspectora cierra la puerta.

—Eso dicen —contesta—. Por eso estoy aquí.

DOS

Viernes en blanco

❧

Marta · Hospital Virgen de la Luz · sábado, 7 de septiembre de 2024

La subinspectora Ortiz no se sienta en el sillón de las visitas. Arrastra una silla de plástico hasta los pies de la cama, la pone del revés y se sienta a horcajadas, con los brazos cruzados sobre el respaldo, como un camarero al final de un turno largo. Saca la bolsa de pipas, la mira, se acuerda de dónde está y la vuelve a guardar.

—Me llamo Begoña —dice—. Si me llama subinspectora me hace sentir mayor.

—Marta.

—Ya lo sé. —Sonríe de medio lado—. Lo pone en todas partes.

Me hace las preguntas de rigor. Nombre completo: Marta Ferrer Soler. Edad: treinta y ocho. Domicilio: calle de San Pedro, número cuarenta y siete, Cuenca. Profesión: traductora. Estado civil: casada. Hijos: uno. Leo. Seis años. Las apunta en una libreta pequeña de espiral con un bolígrafo mordisqueado, y cada vez que escribe algo se le tensa la mandíbula, como si las palabras le costaran dinero.

—¿Qué recuerda de anoche?

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Recuerdo el viernes por la mañana. Llevé a mi hijo al colegio. Recuerdo... creo que me tomé un café en la plaza del Carmen. Luego es como si hubieran cortado la cinta.

—¿Y de antes? ¿Del jueves, del miércoles?

—Eso sí. Más o menos.

Begoña asiente. Tiene los ojos pequeños, muy claros, de un gris casi blanco, y cuando te mira parece que te está pesando.

—Su suegra, doña Pilar Merino, declara que anoche cenaron juntas en la casa. Ella suele quedarse a dormir los viernes. ¿Es así?

—Sí. Desde marzo. Para ayudarme con Leo.

—¿Necesita ayuda con Leo?

La pregunta es neutra. La forma de hacerla, no. Me noto enrojecer.

—Duermo mal —digo—. Tengo insomnio. Mi marido viaja mucho, a Madrid, por trabajo. Su madre se ofreció. Dijo que así yo podría descansar al menos una noche a la semana.

—¿Y descansa?

Callo. Pienso en los viernes. Pienso en los sábados por la mañana desde marzo, que son como despertarse en el fondo de una piscina. La cabeza llena de algodón mojado. Los párpados cosidos. Y los huecos. Ese es el problema. Los huecos.

—Duermo —digo—. Duermo muchísimo. Demasiado.

—Explíquese.

No quiero explicarme. No quiero contarle a una policía con pipas en el bolsillo lo que no le he contado entero ni siquiera a mi psiquiatra, porque cuando lo cuentas en voz alta suena exactamente a lo que todo el mundo piensa que soy. Pero tengo un brazo escayolado, dos costillas rotas y una frase de mi marido clavada en la frente —*querías hacer lo mismo que Sole*—, y ya no me quedan muchas formas de parecer cuerda.

—Desde la primavera —digo—, hay noches que no recuerdo. Me despierto el sábado y no sé cómo me acosté. A veces estoy en el sofá en lugar de en la cama. Una vez me desperté en la habitación de mi hijo, en el suelo, con la manta de él. Una vez tenía barro en los pies. El médico dice que es sonambulismo. Que es la ansiedad.

—¿Siempre el sábado?

—¿Cómo?

—Que si siempre se despierta así el sábado. O también otros días.

La miro. Nadie me había hecho esa pregunta. Ni Álvaro, ni el doctor Lledó, ni mi amiga Laia, que me escucha por teléfono desde Barcelona con una paciencia que se le va gastando como una pastilla de jabón.

—No lo sé —digo—. Creo que... sobre todo los sábados. Creo.

Begoña lo apunta. Esta vez la mandíbula no se le tensa.

—¿Y lo del olor?

Se me hiela la sangre.

—¿Qué olor?

—Me lo ha dicho la enfermera. Que al despertar ha dicho usted algo de un olor.

—A higos —digo—. Olía a higos. Por la higuera, supongo.

Pero no es solo eso, y en cuanto lo digo lo sé. Hay otro olor. Uno que no es de esta mañana, sino de muchas mañanas. Los sábados, al despertar, la almohada huele a algo dulce y espeso, a fruta cocida, a azúcar quemado. Huele a membrillo. Siempre he pensado que era un sueño. Que era el olor de la casa, de las paredes viejas que guardan los olores de cien otoños. Mi suegra hace membrillo en octubre y lo reparte por medio barrio en tarteras de cristal envueltas en paños de cocina.

No le digo nada de eso a Begoña. No sé por qué. Sí sé por qué: porque si le digo que mi almohada huele a membrillo los sábados, la policía apuntará en su libreta *la sospechosa refiere alucinaciones olfativas*, y la cinta se cortará un poco más.

—¿Qué tal se lleva con su marido? —pregunta.

—Bien.

—¿Bien?

—Bien. Normal. Siete años casados. —Me encojo de hombros con el hombro sano—. Bien.

—¿Y con su suegra?

—Bien.

Begoña sonríe un poco, sin enseñar los dientes.

—Es usted la persona que mejor se lleva con todo el mundo que he conocido en un hospital.

No me río. Ella tampoco esperaba que me riera.

—Mire, Marta —dice, y se le suaviza la voz, que es de fumadora o de exfumadora—. Le voy a contar lo que tengo, porque se va a enterar igual y prefiero que se entere por mí. Doña Pilar declara que a eso de la una de la madrugada oyó un golpe, bajó y la encontró a usted en el huerto, debajo de la higuera, inconsciente. Llamó a su hijo, que venía de camino desde

Madrid y estaba ya entrando en Cuenca, y su hijo llamó al 112. También declara que durante la cena estaba usted muy alterada. Que hablaba de cosas sin sentido. De la primera mujer de su marido. Que decía que la casa le hablaba.

—Eso es mentira.

—¿Lo recuerda?

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

No lo recuerdo. Ese es el problema. Ese es todo el problema, el agujero de la muela, el hueco liso. Pilar puede decir que esa noche bailé desnuda en la plaza Mayor recitando el Cantar de Mío Cid, y lo único que yo podría contestar es que no me suena.

—No —digo—. Pero yo no diría eso. La casa no habla.

—¿Y la primera mujer de su marido? ¿Hablaba de ella?

La Virgen. El hule azul. *Soledad Ibarra, Cuenca, enero de 1999.*

—Encontré un cuaderno —digo.

❦

Se lo cuento todo. Lo que recuerdo, que es poco y está desordenado, como una baraja que se te cae al suelo y recoges a puñados. El coche de bomberos de Leo. El azulejo que se movía. El hueco en la pared detrás de la Virgen, del tamaño de una caja de zapatos, forrado de polvo y de cagaditas de ratón. El cuaderno envuelto en una bolsa de plástico del Simago, una cadena de supermercados que desapareció hace más de veinte años; me acuerdo de ese detalle con una claridad absurda, del logotipo desteñido, de pensar *esto tiene que ser muy viejo*. La letra redonda. Las fechas. Enero, febrero, marzo de 1999.

—¿Qué ponía?

—Era un diario. Sole... Soledad lo escribía. Contaba cosas de su vida aquí, de la casa. Al principio cosas normales. Su trabajo, era restauradora. El frío que hacía. Que echaba de menos el mar.

—¿Y luego?

Cierro los ojos. Busco. Hay frases sueltas flotando en la niebla como restos de un naufragio.

—Luego decía que estaba cansada. Que se olvidaba de las cosas. Que alguien le decía que estaba enferma, que no servía para nada. Me acuerdo de una frase... *Hoy me ha vuelto a decir que no sirvo para madre.*

—¿Quién se lo decía?

—No lo ponía.

Begoña deja de escribir.

—¿No lo ponía?

—No. Ponía *me ha dicho*, *me ha traído*, *me ha mirado*. Como si... como si no hiciera falta poner quién. Como si para ella estuviera claro.

—¿Y para usted? ¿Quién pensó que era?

Lo pienso. La respuesta me da miedo, pero es la que es.

—Pensé que era su marido —digo—. Pensé que era Álvaro.

Un silencio. Fuera, en el pasillo, alguien empuja un carro que tiene una rueda floja y chirría como un pájaro.

—¿Dónde está ese cuaderno ahora?

—No lo sé. Lo guardé en el cajón de la mesilla. El jueves ya no estaba.

—¿Se lo dijo a alguien? ¿Que lo había encontrado?

—No. A nadie. —Pienso—. Creo que a nadie.

—¿Lo fotografió? ¿Lo copió? ¿Algo?

—No me acuerdo.

Begoña me mira un rato largo con esos ojos claros que pesan. Luego cierra la libreta, se mete el bolígrafo detrás de la oreja y se levanta. Pone la silla del derecho, en su sitio, con un cuidado que no esperaba en ella.

—Le voy a decir una cosa, Marta, y no se la tome a mal. Yo no soy médico. No sé lo que tiene usted en la cabeza ni lo que no. Pero llevo veintiocho años en esto y he aprendido que cuando alguien se cae de un balcón, hay tres posibilidades. Que se caiga. Que salte. O que lo tiren. —Se encoge de hombros—. Y las tres dejan el mismo agujero en la higuera.

—Yo no salté.

—Puede. Su marido ha presentado esta mañana un escrito en el juzgado pidiendo medidas para proteger a su hijo. Dice que usted es un peligro para el niño. Y para usted misma. —Se pone la chaqueta—. Le van a mandar a una psicóloga del juzgado para que la evalúe. Si le toca la que creo, se llama Vela. Irene Vela. Es buena. Rara, pero buena. Yo que usted le contaría lo del cuaderno.